

Cómo viven los perdonados por el tsunami. Entre la ayuda y el absurdo

Cristóbal Peña y Francisca Skoknic, desde la zona costera del Maule y del Bío Bío, CIPER | 5 de Marzo de 2010

Después del aislamiento que dejó el tsunami que azotó la costa de la VII y VIII Región, los pueblos más castigados se impusieron en el mapa mediático. Cuando aún no se terminan de contar los muertos y los rescatistas siguen buscando desaparecidos, balnearios como Pelluhue, Curanipe y Dichato convocan rostros televisivos y atraen voluntarios conmovidos por un drama que no termina de dimensionarse. Sin casas ni fuentes de trabajo, sometidos un régimen de toque de queda similar al de las grandes ciudades y aterrorizados por la permanente alerta de un nuevo tsunami, sus habitantes intentan volver a pararse sobre un piso que no deja de moverse.



En Pelluhue la leyenda se contaba con simpatía. Al ser rechazado por la joven que pretendía, y a quien había cuidado de niña, el indio Lafquen-Gulmen, dios del mar, envió una tormenta de arena que arrasó con personas y chozas del lugar. Desde la madrugada del sábado 27, cuando la costa del balneario de la VII Región fue destruida por el tsunami que sucedió al terremoto, la leyenda tiene otra lectura.

Es martes por la tarde y los primeros rescatistas de bomberos han llegado a una de las zonas más afectadas. Con ellos se dejan caer concriptos del Ejército, policías de civil y personal de vialidad con maquinaria pesada, además de voluntarios entusiastas a bordo de camionetas 4x4. La prioridad está centrada en la búsqueda de personas desaparecidas.

El recuento oficial hasta entonces habla de 48 fallecidos sólo entre los balnearios de Pelluhue y Curanipe. Pero además hay un número indeterminado de desaparecidos a quienes se los habría tragado el mar o estarían atrapados entre escombros.

Tal como ocurrió en otros balnearios de la región, la mayoría de las víctimas fatales de Pelluhue corresponden a turistas que pasaban sus últimos días de descanso.

Eduardo González tiene 20 años y es teniente segundo del Cuerpo de Bomberos de Curanipe, balneario vecino de Pelluhue, en el límite sur de la VII Región. La madrugada del sábado González se encontraba trabajando en el camping municipal pero no alcanzó a dar la alerta de tsunami a las personas que acampaban ahí, a pocos metros de la playa. Había acompañado a un grupo de amigos hasta las afueras del camping cuando ocurrió el terremoto, y sin pensarlo dos veces, porque sabía lo que se venía a continuación, corrió a buscar refugio en los cerros.

Unas horas después, cuando el mar volvió a la calma, González y otros bomberos de Curanipe recorrían el camping buscando sobrevivientes. Fue su prueba de bautismo, dice. Algo que no puede borrar de su cabeza. En vez de sobrevivientes encontró cuerpos muy golpeados, a mal traer, dispersos entre el camping, la playa y las calles del pueblo. Los muertos iban siendo apilados entre el cuartel de bomberos y la iglesia. Al mediodía habían recogido una veintena.

En tres días no llegó nadie a socorrerlos. Los primeros auxilios estuvieron a cargo de bomberos del pueblo, en su mayoría jóvenes sin mayor experiencia. Las cosas cambiaron a principios de semana.

Con la llegada de los efectivos de la fuerza de tarea de Atacama, un grupo especializado de más de cuarenta personas, los bomberos locales pasaron a ocupar funciones menos especializadas, de bajo perfil pero no por eso menos importantes. Ricardo Vega, de 25 años, es voluntario del Cuerpo de Bomberos de Chanco. La tarea que le asignaron desde un comienzo es de suma utilidad, aunque nada de grata. Vega está a cargo de la improvisada morgue que se levantó al interior de un camión frigorífico para conservar los cadáveres no identificados. Cuenta que hasta entonces había evitado mirar a los muertos en los velorios, pero ahora ha debido ver varios cuerpos mutilados. “Lo más fuerte son los niños. Yo creo que todos vamos a necesitar atención psicológica”, dice.



Para los rescatistas especializados que buscan esos cuerpos la prioridad ahora se volcaba bajo el puente del río Lo Parra, al sur de Curanipe, donde habrían ido a parar varios ocupantes del

camping. Una vez que se desató el tsunami, probablemente con la segunda o tercera ola, el mar entró con tal fuerza por el curso del río que echó abajo el puente, provocando un dique con todo lo que encontró a su paso.

Aún no se sabe cuántas personas murieron en el camping municipal de Curanipe. Tampoco cuántas sobrevivieron. El camping no llevaba un libro de ingreso, y en caso de haberlo llevado, se lo habría llevado el mar. Con excepción de la figura de San Pedro, patrón de los pescadores, en ese sector no hubo nada que no fuera arrasado por el mar. Ahí también estaba la caleta y el sindicato de pescadores, marisquerías, restaurantes, una feria artesanal y una escuela de surf. Inmediatamente después de todo eso, en medio de un bosque de pinos, estaba el camping.

Eduardo González, el joven bombero del pueblo, calcula que ese día acampaban cerca de 200 personas. En particular recuerda a un grupo de adultos mayores que unas horas antes habían llegado a bordo de un bus. Y también a esa familia de 13 personas que tiene al dúo chileno de rancheras Juanita y Miguel entre sus miembros más destacados. No se ha vuelto a tener noticias de los abuelos. De la familia, sólo una niña de 12 años apareció con vida.

Consuelo Herrera se ha convertido en otro emblema de la tragedia. Salvó de milagro y logró reunirse con su padre, que llegó de Santiago al enterarse de que un tsunami había barrido la zona. En internet circulan cadenas de emails que buscan juntarlos, mensajes de Twitter que piden ayuda para Consuelo durante toda la semana y por Facebook se propaga su historia. Pronto se convertirá en portada de muchos medios. Lo cierto es que ya el martes Consuelo y su padre se han instalado juntos a observar las tareas de rescate que emprenden los bomberos de Atacama al fondo del puente El Parrón. Unos días atrás, en ese mismo lugar, apareció el cuerpo de Matías, hermano de Consuelo, de ocho años. Ahí mismo esperan que aparezca el cuerpo de la madre de los niños, además de tíos y primos a quienes se los llevó el mar.

Todos quieren ayudar

El otro camping de la comuna de Pelluhue estaba en la zona Mariscadores, muy próximo a la playa, al momento en que el mar inundó la costa y volvió a recogerse para irrumpir con dos o tres olas gigantes que terminaron por arrasar una población completa.

Esas casas, especialmente las que había en torno a la Avenida Adán Fontalba, principal acceso al pueblo, desaparecieron casi por completo. En muchas de ellas quedó sólo el radier, un dibujo en la arena que permite hacerse una idea de lo que hubo ahí hace pocos días. Algunas casas permanecen semi enteras pero desplazadas varios metros de su lugar original, unas arriba de otras, partidas o reducidas a astillas.

En ese escenario de desastre, rescatistas de tres compañías de bomberos del país buscan víctimas del tsunami. Están a cargo de José Sánchez, comandante del cuerpo de Bomberos Metropolitano Sur, que tiene su puesto de mando en la plaza de Pelluhue. Los bomberos se ven perfectamente equipados y tienen conexión radial y generador de electricidad. Pero en terreno las cosas son distintas.

Un rescatista del cuerpo de bomberos de San Javier, que viene de remover escombros en busca de cadáveres, dice que la descoordinación entre las instituciones es mayúscula. Dice esto en compañía de sus compañeros de San Javier, al tiempo que observan con desdén a un

grupo de bomberos de Los Andes que entierra bastones en la arena en busca de cuerpos humanos.

“Jamás van a encontrar algo ahí”, dice uno de ellos. “La mayoría de los cuerpos están bajo el mar y van a aparecer flotando al cuarto o quinto día, una vez que se hinchen”.



A esas alturas la historia de Pelluhue está en todos los medios de comunicación. Todos quieren ayudar. Caravanas de autos llegan desde las ciudades del interior y buscan a quién entregar ropa, víveres o lo que sea. Aparecen con sus cámaras fotográficas y a ratos parecen turistas en una zona devastada. Todos los esfuerzos parecen concentrarse acá y cada uno cree estar haciendo lo mejor. Pero los bomberos dicen no necesitar más refuerzos y en la municipalidad se quejan de que traen cosas que no sirven y desarman una organización que busca priorizar por necesidades.

En lo alto de Pelluhue Tolentina Sánchez es la tía del hogar de menores del pueblo. Está a cargo de 28 niñas que acampan sin imaginar el desastre que hay más abajo. Para ellas son casi vacaciones. Su historia se ha transformado en un imán para todos los voluntarios que pasan repartiendo ayuda, pero ella dice que ya no necesita nada más y ya no acepta los ofrecimientos. Sabe que más allá hay quienes sí requieren alimento y ropa. La falta de organización ha generado una sobreoferta de ayuda para algunos y escasez de apoyo para otros. Sobre todo para los pueblos del interior, los que no tuvieron tsunami y no han salido en televisión.

Este fenómeno hace también evidente el desequilibrio entre la avalancha de ciudadanos comunes que llegan cargados de regalos y el modesto apoyo que pueden entregarles las autoridades locales y nacionales. Y hace crecer también las críticas por la falta de presencia del gobierno en terreno.

Carroñeros

Mientras los grupos de rescate hacen lo que pueden en su primera jornada de trabajo, decenas de personas recorren la zona cero de Pelluhue recogiendo prendas de vestir, utensilios o cualquier cosa de valor que encuentren o puedan llevarse.

Los residentes del lugar que sobrevivieron cuentan que esta situación se dio inmediatamente después de ocurrido el tsunami. “Por la mañana vine a intentar recuperar algunas cosas que eran mías y me encontré con gente que me las quitaba de las manos”, se queja uno de ellos.



A pocos kilómetros de ahí, a la entrada del balneario de Curanipe, donde se aprecian un camion enterrado boca abajo en la arena, el profesor Jaime Villaseñor protesta por lo mismo. Su esposa tenía un negocio de ropa americana al que llamaban el Shopping de Curanipe y que resultó arrasado por el mar. Mucha de esa ropa quedó dispersa en la arena y el profesor Villaseñor observa con indignación cómo cualquiera pasa, la recoge y se la lleva.

Pero no todo es carroñería. También hay personas que buscan objetos que le fueron propios y que inútilmente intentan recuperar. En Pelluhue, junto a una familia que procura reunir lo que fue un juego de loza y vajilla, un hombre mayor va en busca de lo que quedó de su furgón utilitario. Su nombre es Bernardino Sandoval, padre del joven artesano de Talca que dio la vuelta al mundo por una foto de la agencia AP donde apareció retratado desde la zona cero de Pelluhue con una bandera chilena recogida de la arena. El furgón se lo había prestado a su hijo Bruno y aparecerá convertido en chatarra, a varios metros de donde estaba estacionado mientras su hijo se convierte en rostro de la campaña “Chile ayuda a Chile”.

Cerca de ese furgón se avista a la familia de Ernesto Aguilera, de 78 años, a quien se le perdió el rastro la madrugada del tsunami. Su esposa alcanzó a escapar con su nieta de 10 años al momento en que irrumpió la segunda ola y ahora guía a rescatistas de bomberos, pues supone que su esposo quedó atrapado en las entrañas de una casa que se desplazó varios metros de su lugar original.

Han transcurrido varias horas de trabajoso rastreo cuando un familiar llama a detener la búsqueda. Viene llegando de Chanco, localidad vecina donde se derivan los cuerpos de los fallecidos no identificados de la zona, y acaba de reconocer al anciano. Tres días después del tsunami fue regresado a tierra por el mar.

Olvidados en Buchupureo



Al sur de Pelluhue está Cobquecura. Y al sur de Cobquecura está Dichato. Pelluhue y Dichato fueron barridos por el tsunami. En Cobquecura, que está al medio, el mar se mantuvo como una taza de leche. Entre las muchas tesis que corrieron en Cobquecura para este extraño fenómeno, un grafitti aventuró una explicación algo esotérica: “El mar nos respetó porque lo defendemos”. Esta ciudad de la VIII Región luchó por años para evitar que la celulosa Nueva Aldea sacara sus desechos por un ducto frente a sus costas. Fue en vano, pero hay quienes hoy le ven sentido al eslogan “Salvemos Cobquecura”. Las casas de adobe y piedra laja derrumbadas parecen poca cosa al lado de la falta de misericordia que tuvo el mar con los otros pueblos costeros.

La suerte alcanzó también para Buchupureo, que forma parte de la comuna de Cobquecura. No hubo tsunami pero el terremoto provocó una mudanza masiva. No se salvaron del miedo. Sus habitantes no entienden por qué las aguas no los tocaron y a quienes no les bastan las explicaciones divinas exigen razones científicas: que les lleven un sismólogo o alguien que los tranquilice ante la posibilidad de un futuro maremoto. Dicen que las aguas de esta playa que es paraíso de surfistas están demasiado tranquilas, lo que augura un desastre. Por mientras, Buchupureo es una ciudad fantasma y todos sus habitantes se han trasladado a los cerros. Por las noches cuadrillas de hombres vigilan las dañadas casas de adobe para espantar a los saqueadores que se han aventurado en días anteriores a robar caballos.

El campamento más grande ya reúne a cerca de la cuarta parte del pueblo –unas 200 personas–, quienes no piensan moverse por un buen rato. Primero por el miedo, pero también porque el concejo municipal los ha instado a agruparse en grandes campamentos. Sólo así se les repartirá la ayuda que empieza a llegar. Cero incentivo para volver a este balneario donde campea el desempleo y cuyas casas de veraneo sólo se llenan en temporada estival.

Ahora viven en carpas, bajo pedazos de nylon e improvisadas ramadas. Los cuatro baños químicos que les instaló la municipalidad se hacen pocos. Surgen también los primeros roces de una pequeña comunidad donde hay jóvenes que beben y escuchan música hasta tarde, mientras en la carpa de al lado familias con niños intentan dormir.



–Sentimos que no estamos en el mapa. En la radio mencionan a Pelluhue y Cobquecura, se saltan a Buchupureo. ¿Creerán que nos tragó el agua? –se queja María Isabel Escobar.

Algunos sí los ubican en el mapa. Como el dueño de la carnicería “El Negrito” del mercado de Chillán, quien llegó cargado de embutidos e interiores para donar al campamento. Duró poco rato ahí, porque justo las radios empezaron a difundir una alarma de tsunami y el carnicero huyó despavorido. Se cruzó con camionetas llenas de personas que habían bajado al pueblo y corrían a guarecerse en el cerro. Otros miraban inquietos el mar. Minutos más tarde se enteraban de que era una falsa alarma y se desataba una discusión entre los que estaban indignados por la irresponsabilidad de quienes difundían falsedades y los que defendían cualquier alerta preventiva, aunque hubiera errores.

Dichato: Peor que Haití

Cuando Luis Jara y su cámara entran a Dichato, ya ha pasado el mediodía y la guardia militar ha levantado el toque de queda, permitiendo el ingreso de decenas de personas que han llegado a ayudar a una de las localidades más afectadas por el tsunami. Sus calles aún están llenas de escombros y los visitantes deben dejar sus autos afuera del pueblo.



El mar golpeó tan fuerte a Dichato y la vecina caleta de Coliumo que un barco pesquero quedó varado a más de cinco kilómetros de la costa. Esa misma fuerza arrasó con todo. Casas

que estaban al borde de la playa avanzaron varios metros tierra adentro o se movieron en sentido inverso y aún flotan en el mar. Una torre de cinco autos hace equilibrio apoyada en una casa y los escombros se amontonan por todas partes. De fondo, un fuerte olor a descomposición lo inunda todo.

Aunque aquí el mar parece haber atacado con más furia que en otras partes, hasta el jueves sólo se contabilizaban 13 cuerpos. A diferencia de otros poblados, aquí bomberos dio la alerta de tsunami apenas percibió la intensidad del movimiento. Todos corrieron a los cerros. Varios llevaban radios a pila y escucharon cuando la presidenta Bachelet llamó a la calma. “La gente se confió y bajó”, cuenta Rosa Jofré, una de las damnificadas. En ese momento habrían sido alcanzados por una de las tres olas que azotaron a Dichato. La última, la más potente, llegó poco antes de las 7 de la mañana. La PDI maneja una lista de 48 desaparecidos –en su mayoría turistas–, pero considerando las dificultades de comunicación, la cifra es imprecisa.

El caos inicial fue feroz. Aprovechándose de que los moradores se refugiaban en el cerro, durante las primeras noches saqueadores llegaban en camionetas para llevarse lo poco que había dejado la ola. Dicen que hasta intentaron remolcar los autos que quedaron tirados por el agua.

Con el paso de los días se impuso el orden. Se instaló un campamento de infantes de marina que descarga las 60 toneladas de suministros que trajo la fragata Cochrane, llegó más de un centenar de bomberos y rescatistas de todo el país, además de algunos carabineros y un puñado de policías civiles expertos en reconocimiento dactilar.

A cinco días del maremoto, los rescatistas ya han buscado víctimas en cada rincón accesible a pulso. Pero son tantos los escombros que empezó a operar la maquinaria pesada. Se espera encontrar nuevos cadáveres cuando se remueva todo. También se sabe que lo más probable es que otros hayan sido arrastrados por el mar.



En el puente sobre el río que cruza Dichato están apostados los bomberos de Chillán y los efectivos del bote salvavidas de Puerto Montt. Hicieron un dique para que los escombros flotarán y ahora intentan limpiar las aguas en busca de más cuerpos. El cirujano y bombero Mauricio Chong tira la cuerda con los materiales que salen del río.

“Él es quien trae los terremotos”, bromea uno de sus compañeros. Porque Chong estuvo en Haití como médico y ahora fue uno de los primeros en llegar a Dichato. Muchos chillanejos

veranean aquí y apenas se enteraron del desastre los bomberos partieron al rescate. Al igual que otras compañías, se desplegaron sin seguir instrucciones centralizadas, pero una vez en Dichato se pusieron a las órdenes del jefe del comando operativo, Claudio Retamal, quien vigila los trabajos desde un pintoresco pero estratégico puesto de observación: el techo de un container emplazado sobre la colina, a la sombra de un colorido quitasol playero.

El bombero Chong no duda en afirmar que para los rescatistas la situación en Dichato es mucho más compleja que la de Haití. Allá el principal problema era que no había equipos de rescate, pero sabían dónde estaban los cuerpos. Acá, los muertos podrían estar en cualquier parte.

Los vivos no están mucho mejor. Apenas se levanta el toque de queda empiezan a bajar de los campamentos en los cerros para intentar rescatar algo entre sus viviendas destruidas. Cualquier cosa sirve. Se viene el invierno y aquí pocos tienen techo. Tampoco herramientas para subsistir. No habrá turistas por un buen tiempo y todos los barcos de los pescadores están destruidos y lejos del mar. Jorge Lara muestra el suyo a la distancia, sobre un árbol. Dice que la pesca es lo que sabe hacer y no le teme a otro tsunami. “Nací en la mar y voy a morir al lado del mar”, dice Lara, uno de los que no piensa dejar la costa.

Poco a poco empieza a llegar la ayuda. Nada del municipio, reclaman en Dichato, donde el alcalde de Tomé fue atacado por los vecinos cuando se le ocurrió asomar la nariz. Del gobierno, recibieron la caja de víveres que empieza a repartir la Armada. Pero apenas se levanta el toque se llena de ciudadanos comunes con ropa y alimentos. Con ellos llega también una horda de periodistas. Lucho Jara hace su entrada al pueblo y una mujer se le cuelga al cuello llorando. Llegó la farándula. La pregunta ahora es cuánto tardarán en olvidar a Dichato, Pelluhue y Curanipe y su drama que recién comienza.

.....

El terremoto tierra adentro

Cristóbal Peña y Francisca Skoknic, CIPER | 5 de Marzo de 2010 |



El polémico hospital de Talca, los cafés con piernas y hasta las funerarias sufrieron los efectos del sismo que sacudió con fuerza a la VII Región la semana pasada y que aún altera la vida cotidiana. Cauquenes también se vio seriamente afectada por tercera vez en su historia por un terremoto. Para colmo, un incendio arrasó luego con un importante archivo que documentaba el pasado de la ciudad.

Es la cuarta noche que María Rosi Moreno amanece en las afueras de su casa, o lo que quedó de ella en el centro histórico de Talca, y todavía nadie se acerca a preguntar por su situación. “Como que nos abandonaron, nos dejaron solos”, dice la mujer de 78 años. Pasó la noche en una carpa y a estas horas de la mañana calienta sus huesos con un brasero.

No sólo se siente abandonada por las autoridades. Muchos de sus vecinos dejaron el barrio y los militares ya se retiraron a los cuarteles tras el primer día de toque de queda. Su sensación de abandono es tal que está pensando en trasladarse a una casa vecina desocupada y que se encuentra en mejores condiciones que la suya.

A ella el segundo piso se le vino abajo y las grietas rajaron las paredes. Como la mayoría de las casas del sector, la suya está inhabitable y es muy probable que deba ser demolida. Pero de momento se niega a abandonarla. Vive ahí con parientes y allegados y no quiere moverse por temor a que le roben las pocas cosas de valor que tiene y porque fue la casa que construyó junto a su marido, fallecido hace algunos años.

María Rosi Moreno no termina de convencerse de lo ocurrido.

Hacia el sector comercial del centro, en los alrededores de avenida Salvador Allende, los efectos del terremoto fueron tanto o más notorios. Especialmente en la esquina de 10 Oriente con 1 Norte. Hace tres días ahí estaba el cabaret El Egipto, vecino de El Paraíso. Ambos quedaron reducidos a un cerro de escombros.

La madrugada del terremoto los dos locales nocturnos estaban en plena actividad pero por alguna razón que en la ciudad no terminan de entender, sólo El Egipto acusó víctimas fatales: cuatro clientes y una de las mujeres del local quedaron atrapados entre palos, latas y ladrillos de adobe. Los cuerpos fueron rescatados al día siguiente y trasladados a la morgue, uno de los pocos edificios públicos que no sufrió daños. Hasta allá llegó el marido de la mujer de nacionalidad ecuatoriana. También la esposa de uno de los clientes, a quien no le dijeron que al hombre lo habían encontrado en El Egipto sino en el restorán Los Buenos Muchachos.

La tragedia de El Egipto es una de las más comentadas en Talca. Es una tragicomedia que se reproduce con variantes cada vez más distorsionadas. Se comenta que las víctimas habrían sido cuatro mujeres y un hombre, que el hombre habría llegado a la morgue aún bajo los efectos de una tableta de Viagra y que al poco del rescate de los cuerpos, el dueño del cabaret habría llegado a revolver los escombros para buscar el dinero de la recaudación. Las tragedias animan relatos que se disparan con la rapidez y el entusiasmo de una onda sísmica.

La maldición del hospital

Muy cerca de lo que quedó de El Egipto, en 11 Oriente con 2 Norte, estaba la mueblería de nombre N. Hoy es una ruma de escombros pero sobre la estructura se mantiene en pie un enorme letrero de la Universidad Autónoma. Desde la vereda del frente Anselmo Arriagada mira lo que queda de su mueblería y sólo tiene un mensaje: Por favor, no dejen que nunca más pongan letreros en los techos de las casas. Está convencido de que el peso de la publicidad

hizo desmoronarse su negocio. De todos modos está agradecido, pues adentro dormía su hijo Hugo, quien logró huir justo antes de que se viniera todo abajo.



Anselmo se alegra de que su hijo vaya a poder entrar en pocos días más a estudiar Psicología a la Universidad Autónoma, la misma que publicitaba el letrero, aunque le preocupa cómo subsistirá sin la mueblería. Sin embargo, su preocupación inmediata es la inyección que periódicamente le administran en el Hospital de Talca para combatir el cáncer que lo aqueja.

Es la mañana del martes y en Talca no hay mucho más que hacer que comentar lo sucedido. La ciudad está prácticamente paralizada. Más todavía una vez que se detectaron los primeros saqueos y la autoridad decretó toque de queda. Con excepción de las funerarias, el comercio permanece con sus cortinas abajo.

La funeraria de Pedro Urrutia es vecina del Hospital de Talca y la morgue. Dicen ahí que los primeros dos días fueron los de mayor trajín. La carroza iba y venía, casi no daba abasto. En Talca murieron 29 personas pero muchos cuerpos fueron traídos desde el interior y la costa, especialmente desde Constitución y sus alrededores, donde se concentró la mayor cantidad de víctimas fatales: ochenta. En la morgue de Talca, donde todavía no llegaba la luz, sólo permanecía un cadáver sin identificar que comenzaba a descomponerse.

En la funeraria de Pedro Urrutia dicen que los primeros días fueron de locos. Siguen siéndolos, pero ahora tienen tiempo de sacar los escombros desde el interior de la funeraria, que quedó muy a mal traer. Dicen también que se están quedando sin reservas de ataúdes y que las funerarias de la competencia se aprovecharon de la situación al subir los precios o bien ofrecer un servicio de menor calidad por los 150 mil pesos de subsidio que aporta el municipio de Talca a los familiares de cada víctima para el servicio fúnebre.

Frente a la funeraria está el hospital de Talca. El que se hizo tristemente célebre por la historia de los bebés cambiados entre otros polémicos errores, ahora evidencia daños en su fachada y algunos pabellones lucen inservibles. La noche del sismo fue un gran caos. Tuvieron que trasladar a los pacientes hacia el Centro de Tratamiento y Diagnóstico (CDT), un edificio más moderno ubicado a su costado. Ahí llegaron también las urgencias de los heridos por el terremoto, mayoritariamente fracturas expuestas.

48 horas más tarde la situación está más calmada en el hospital, pero tardará mucho en normalizarse. La recepción de pacientes se hace en una carpa montada en el patio y a un

costado de la entrada se amontonan las planchas del cielo falso que se precipitaron al piso. Adentro los maestros trabajan sobre un techo que ahora luce nudos de cables a la vista.

Tres camas clínicas ubicadas en medio del pasillo de la recepción albergan a pacientes que aún no encuentran un sitio. Los tres son ancianos y uno de ellos recibe asistencia médica porque se ahoga.

Al principio la situación era peor: estaba lleno de camillas con pacientes, pues el CDT tiene la mitad de capacidad que el hospital. Durante la primera réplica cundió el miedo y todos los enfermos huyeron como pudieron. Luego, quienes estaban en la recepción fueron trasladados hasta una cancha de fútbol ubicada frente al recinto asistencial. Si las calles de Talca asemejan a las de una ciudad sitiada, ahí se refuerza la impresión de que se está en la mitad de un conflicto armado pues se instaló el Ejército, que ya armó un primer centro de atención: una gran carpa que hace las veces de sala para pacientes internados.



A un costado de la carpa están los containers que 12 camiones del Ejército trajeron para convertir en un hospital de campaña más sofisticado. Aunque el armado tarda tres días, y sólo enteran dos, cuando el mayor Marco Schulz, director del hospital de campaña, contesta su celular, corre a decirle a sus subalternos que deberán apurarse. Acaba de recibir un llamado de su superior para informarle que la Presidenta Bachelet anuncia visita para las 6 de la tarde de ese día. Aunque no esté operativo a esa hora, al menos debe parecer un hospital.

Sin salir de la emergencia, Talca intenta recuperar la normalidad. La prometida ayuda del gobierno central comienza a llegar por vía terrestre y aérea. Las fuerzas militares están desplegadas desde la noche anterior. Y en 10 Oriente una retroexcavadora remueve los escombros de calles y veredas. En algunas horas llegará a la esquina de 1 Norte, donde estaban El Egipto y El Paraíso.

Desaparece archivo histórico

Aunque proporcionalmente los daños en infraestructura son peores, en Cauquenes, a 149 kilómetros al sureste de Talca, sus habitantes guardan mayores grados de sensatez. Muchos minimercados y tiendas de abarrotes permanecen abiertos, atendiendo a clientes que hacen fila sin desesperarse, y en los alrededores del mercado se han levantado puestos con verduras, frutas y mercaderías. La ayuda del gobierno central acá tampoco ha llegado a la población.

Pero están en eso. Una camioneta recorre la ciudad y en su interior viaja José Antonio Viera Gallo, ministro secretario general de la Presidencia.

Tiene mucho de qué afectarse Viera Gallo en su recorrido por Cauquenes. Alrededor de la Plaza de Armas, tanto el Teatro Municipal como el edificio de la gobernación y el de la municipalidad están seriamente dañados. Muchas de las casas del centro histórico deberán ser demolidas, si es que ya no lo están, y al menos tres liceos presentan daños severos. Pero hay una imagen enteramente desoladora. Además de haber sido duramente castigada por el sismo, parte de la cuadra de calle Victoria, una de las principales de la ciudad, resultó quemada por un incendio de proporciones ocurrido la madrugada del martes.

Las llamas comenzaron en la ferretería El Globo y se extendieron hasta casas y negocios vecinos. Entre las pérdidas se cuenta la casa del periodista y profesor normalista Alejandro Medel Vega, quien tenía ahí la redacción del periódico La Voz de la Provincia y el principal archivo histórico privado de la zona. El archivo constaba de documentos, fotografías y periódicos que fueron consumidos por las llamas.

Desde lo que quedó de su casa, con el humo aún rondando en el ambiente, Medel Vega dice que en su familia no murió nadie pero igualmente la gente pasa a darle el pésame.



Calcula que cerca del 80% del centro histórico se encuentra afectado por el terremoto, y si bien la ciudad fue fundada en 1742, las obras más antiguas datan de una fecha posterior al 24 de enero de 1939: ese día la ciudad se vino abajo por un fuerte sismo y hubo que levantarla otra vez. Pero a continuación, como si se encontrara frente a sus alumnos de educación básica, agrega que el sismo más intenso no fue el de 1939 ni el de 2010. “Ocurrió el 20 de febrero de 1835. Ese fue el gran sismo, se vino abajo todo-todo”, dice.

Dice además que por lo anterior en Cauquenes están acostumbrados a los desastres naturales y que su cultura dista aún mucho de las grandes ciudades para que se produzcan saqueos y desórdenes. “Aquí somos muy solidarios y todavía conservamos costumbres cauqueninas: las familias se sientan a una hora determinada a comer, el padre ocupa la cabecera y todavía los hijos lo escuchan a uno”.

En Cauquenes serán tradicionales pero no sumisos ni ciegos, agrega Medel Vega. A tres días del desastre lo más cercano a la ayuda es un ministro en terreno y un animador de televisión, Rafael Araneda, que llegó en helicóptero para retratar la tragedia en cosa de minutos.

“Aquí no necesitamos que nos vengan a hacer show -se queja-, necesitamos ayuda”.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)